

Biblioteca-Films

N.º 212 El valiente de la Pradera 25 CTS.



**TOM
TYLER**

**CHISPITA
y "Vivales"**

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 284

Centro de Repartos de Publicaciones:
BARCELONA, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

Núm. 212

APARECE TODOS LOS MARTES

Y DEVIADO POR LA CENSURA PREVIA

El valiente de la Pradera

Preciosa novela de costumbres ran-
cheras, por los simpáticos artistas

Tom Tyler y Chispita

.....
E A C L U S I V A

Cinematográfica Verdaguer

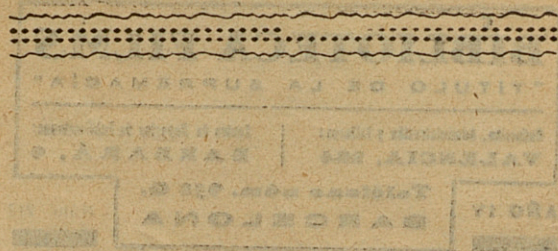
Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Tom **Tom Tyler**
Alexis. **Chispita**
Janet **Dorothy Dunbar**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LIGHTNING LARIATS
1927



Arizona terreno apropiado para que en él florezca la aventura, vivía desde que vino al mundo, en humilde hacienda el valiente Tom, que unía a la fuerza de sus puños, la bondad de su corazón, y estas dos armas le daban siempre la victoria, fuese por el ejemplo o la persuasión o, por qué, callarlo, por el coscorrón limpio y en algunas ocasiones hasta la pistola tenía que salir a relucir en sus manos certeras.

Tan pregonada era por aquellos contornos su bravura, que dieron en llamarle con fundado motivo, el valiente de la pradera. Que Tom era digno de tal apodo, no hay que ponerlo en duda y hasta el más incredulo se convencerá, si sigue el curso de esta interesante narración. Cierta día que según su costumbre con su perro en la grupa, y aquí hemos de hacer un pequeño alto para presentar al simpático perro Viales, que por no ser

menos que su dueño, también era acreedor al apodo con que se le dominaba. Estaba pues siguiendo el acostumbrado paseo de inspección que efectuaba a diario Tom, y al mismo tiempo que el bravo mozo, nos daremos cuenta nosotros de que algo extraño ocurre en el extremo sur, del desierto de Arizona.

Tom Tyler, fija la vista en un bulto que entre la arena salía y aparece como tendido en gesto de infinita postración y abandono. Inmediatamente espolea a su bravo caballo, que se lanza a galope hacia el objeto que despertó la curiosidad de su amo. A medida que se va acercando va dibujándose ante sus ojos atónitos, la verdad de la incógnita nebulosa que en su mente se dibujara primeramente. Es una joven mujer la que, yace tendida en la arena. Su caballo ha caído reventado, y sola, procuró andar unas millas pero la sed y el cansancio hicieron presa en su cuerpo desfalleciendo su ánimo.

La joven al ver llegar a ella a Tom, apenas puede balbucear con voz agotada.

—Pronto, por favor dénos agua, al niño y a mí... después le referiremos de donde venimos y quien somos.

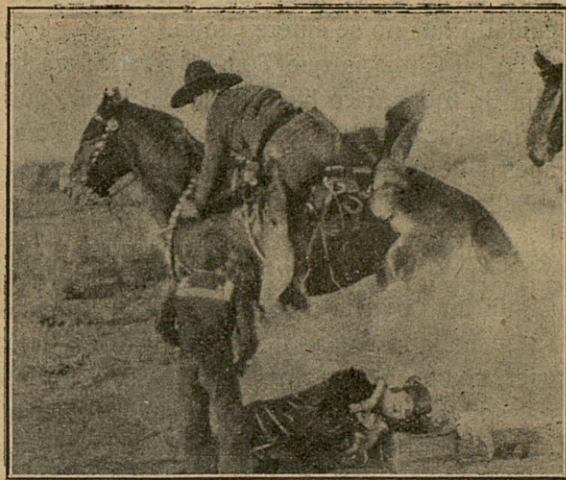
Al decir estas palabras señalaba a un chiquillo de doce años escasos, que junto a ella permanecía mudo de asombro, tal vez de miedo. Sus ojos contemplaban atónitos cuanto le rodeaba y en el desmesurado abrir de sus ojos simpáticos, denotaba que todo aquello que le rodeaba era nuevo para él. Su corte fino y distinguido y el empaque arrogante, dentro de su mísera situación, contrastaban tristemente.

Sació la sed de los perdidos caminantes, el bueno de Tom, y después montándolos en su caballo, los acompañó hasta que se hallaran bajo el asilo de su vivienda, abierta siempre al menesteroso, fuera de la condición social que fuese.

Al llegar a la hacienda, Mariana la cocinera, alma noble y sencilla, experimentó una gran alegría, la alegría que sienten las almas nobles, al ver que puede ser útil a sus semejantes.

Tom le dijo:

—A esta señorita y a este niño, los he recogido medio estenuados en el desierto, nada preguntes, primero sírveles una buena taza de



— ¡ Pronto! Por favor, demos agua al niño...

te y unos pasteles de carne, y cuando se hayan reanimado, déjales que descansen.

—Así lo haré, Tom, pero ya sabes que soy muy curiosa y me gustaría saber por qué se han aventurado a cruzar solos el desierto, me huele a novela, la aventura. Con que cuidado, que ya sabe usted como acaban las novelas...

—Sí, en herencia de América, o en boda a

toda prisa, es el final más adecuado, pero cuidado que no se entere Cintia.

La tal Cintia, a que Tom se refería, era la hija de Stone, rico hacendado del lugar, que andaba loca perdida por la arrogancia de Tom, apesar de que éste apenas si había reparado en ella, aún cuando estaba enterado de que la joven había cifrado todas sus esperanzas en casarse con él. Por cierto que en cuanto Cintia tuvo noticia de que una joven forastera se hallaba en casa de Tom, allí se dejó caer, como quien no quiere la cosa, a fin de investigar. Naturalmente, sólo podía obtener alguna información de Mariana, la cocinera, pero ésta que no tenía gran simpatía por Cintia, procuró echar más leña al fuego de sus celos, cuando hubo de contestar a sus asediadoras preguntas:

—Dígame, Mariana, ¿es cierto que Tom, alberga aquí una joven?

—Ciertísimo, señorita, y a fé que ésta es una de las mejores acciones que le he visto llevar a cabo.

—...¿y es guapa?

—Como un ángel, tiene unos ojos, un perfil, un cuerpo fino esbelto...



Mariana, la cocinera, alma noble y sencilla.

—Pero no vestirá con elegancia.

—Se equivoca usted, parece uno de esos figurines que de vez en cuando llegan a la hacienda...

—¿Será cierto?

—...y tanto, tiene un donaire muy gentil y unas maneras de reina, parece salida de algún palacio encantado, nunca ví por estos andurriales, una joven tan distinguida.

La respuesta de la cocinera, dejó bastante suspensa a la joven, que se sintió mortificada por la franqueza con que elogiaba a la que ella tenía ya por presunta rival.

Vivamente contrariada, alejose Cintia mientras la cocinera acudía al lado de los dos seres a quien la abnegación de Tom, había salvado de una muerte cierta. Lentamente reanimados, la joven y el niño tenían ya un aspecto muy diferente, de aquel en que por vez primera les viera Tom.

Este, intrigado también por la intromisión en su vida tranquila de esta ráfaga de novela, quiso interrogarles ampliamente, para lo cual tomó asiento respetuosamente junto a la joven, a la que benevolamente, la dijo:

—¿Cómo se han atrevido ustedes a cruzar solos el desierto?

La bella joven, dejó entrever en su semblante una sombra de profunda tristeza.

—Se lo voy a contar a usted—dijo la joven, mirando a Tom con ojos de agradecimiento—. Me explicaré en seguida. Tres meses atrás el abuelo de este niño, el Gran Duque Alexis, agonizaba, quedando por lo tanto el pequeño Alexis, heredero del título y de

la inmensa fortuna de su abuelo, pues es huérfano de padre y madre. El príncipe Boris, pariente del gran Duque, codiciaba la fortuna que éste dejara al morir, y se había ligado con Luboff por su ambición, a fin de conspirar contra el pequeño Alexis, estando obligado a secundar los planes funestos de Boris.

—¡Vaya unos miserables!—exclamó el valiente Tom, crispando los puños.

—Ya lo puede usted decir, pero no son solos, también hay otro tan malo como ellos. Es el ministro Polski, amigo y compañero en todos los manejos de Luboff. Yo, Tom, soy la institutriz del niño Alexis, y le quiero, como si fuera hijo mio, no solamente por su desdicha, que le aflige, si que también por su bondad y la desgracia de ser huérfano, sin una mano amiga, que enjague una lágrima de su rostro...

—De hoy en adelante, señorita, no será usted sola a quererle.

—Gracias, Tom, veo es usted una alma grande, y se lo agradezco. Siguiendo pues, mi narración, le diré que un día por la tarde pude sorprender una conversación entre Luboff y Polsky, diciendo el primero a este úu-

timo: "Ya sabeis cuales son mis deseos, servidme bien y la recompensa no será escasa. Lo esencial es que el pequeño desaparezca." "Podéis estar seguro que haré los imposibles para complaceros." Le contestó aquella hiena. Excuso decirle a usted, que me puse en seguida en guardia, para prevenir lo que pudiera pasar, y fuí a contárselo a Lowed, primer ayuda de cámara.

—Al fin encontró usted una persona leal!

—Verdaderamente—replicó la joven—. Al día siguiente cambiamos impresiones con el bueno de Lowed y le advertí que estuviera prevenido, pues si advertían su lealtad para conmigo y el niño Alexis, el malvado de Boris no se lo perdonaría nunca. Por la tarde del mismo día me llamó mi amigo Lowed y me dijo: "Hay que tomar una determinación rápida, temo por vuestras vidas y debéis partir hacia tierras de América, lejos de la envidia y la cobarde maldad de los parientes de Alexis y sus amigos, y aquí nos tiene usted, que nos lanzamos a cruzar los desiertos huyendo de una muerte cierta y que si nos descuidamos perecemos también, pero gracias a los cuidados de usted y de Mariana, aún pue-

do decir que el único heredero de la inmensa fortuna es de este niño que vagaba conmigo por el desierto, perdida la ruta, al apartarnos del camino.

—Parece una novela, señorita...

—Janet, me llamo.

—Muchas gracias, yo soy Tom Tyler.

Y una mirada de mutua simpatía se cruzaron los dos jóvenes, pues ambos eran nobles de sentimientos puros y alma ingénua.

—Aquí, pues podéis quedaros, Janet, mientras tanto no sepais a donde podéis refugiaros, aún que aquí estáis seguros como en un castillo, y si no contáis con un regimiento para defenderos, ya procuraré que mis recios puños cumplan su cometido, si algún día es necesario defenderos de las garras de estos malhechores.

Mientras seguían esta conversación, el pequeño Alexis, se había hecho amigo del hijo de Mariana, la cocinera, que se llamaba John, al cual decía:

—Tú y yo puestos de acuerdo, armaremos la gorda en la hacienda, pues no son pocos los juegos que yo sé.

A los pocos días Alexis y Janet habían ido

a efectuar una excursión y al regresar en el tren se llevaron el gran susto, y en aquel momento Janet, lo estaba contando a Tom.

—Cuando nos dirigíamos hacia aquí, me estremecí de terror al reconocer a Boris en uno de los viajeros del tren y antes de caer en sus manos abandonamos el coche y emprendimos la marcha a través del desierto. ¿Qué piensa, pues amigo Tom, que debemos hacer?

—No sé, de momento, lo que más me preocupa es salvar al pequeño de las malas artes del ambicioso Boris, que no retrocederá ante nada para hacerlo desaparecer, pero poco he de poder, o no se saldrá con la suya este maldito hombre.

En esto llamaron a la puerta y presentose la señorita Cintia, de la cual hemos dicho que era una pretendiente de Tom Tyler, aún que éste ningún caso le hacía.

Tom presentó a las dos pollitas, diciendo:

—La señorita Cintia, una de nuestras más encantadoras vecinas y la señorita Janet que pasará unos días en la hacienda.

Estuvieron un rato de charla insulsa, pero no siendo agradable a Janet aquella visita,

se fué a sus habitaciones, por lo que enseguida Cintia, preguntó a Tom:

—¿Se quedará muchos días aquí esta señorita?

—Tal vez sí.

—Pero no comprendes, Tom, que la gente murmura y que además yo no lo puedo ver con buenos ojos?

—No me interesa lo que la gente hable. Debo protegerlos a ella y al niño y me siento incapaz de abandonarlos a su suerte, cuando han solicitado mi apoyo.

Poco podía pensar Tom, que los celos arraigarían fuertemente en el corazón de Cintia, la cual salió despechada jurando vengarse de aquel desaire recibido.

Al día siguiente, presentáronse unos forasteros en casa del padre de Alicia, por ser el mayor contribuyente y persona de calidad. Se trataba de los malvados Luboff y Polsky los cuales una vez se hubieron dado a conocer a Storne, padre de Cintia, le dijeron:

—Andamos buscando a un niño y a su institutriz que no deben estar muy lejos de estos contornos.

—Precisamente yo sé donde están—dijo

que les era indispensable poner a contribución toda su astucia y sagacidad.

Quedáronse en la calle tramando el complot contra Alexis y bien ajeno a ello estaba el infeliz muchacho, que estaba jugando como de costumbre con el negrito John, a su entretenimiento favorito del juego de dados, los cuales sostenían este pequeño diálogo:

—Ves Alexis—decíale el negrito—esto es lo más divertido que existe, empieza a tirar.

—¿Con qué voy a tirar si no llevo revólver?

—No se trata de armas de fuego—añadió Jhon—, me refiero a los dados... quiero que pruebes tu suerte.

—Si tiro un siete o un once la primera vez, gano yo.

Y aquellos dos seres eran felices, ignorando la persecución de que eran objeto.

Los enviados de Boris no cejaban en su empeño y se aconsejaron con la celosa Cintia, quien les decía:

—Hay que andar con tiento porque si Tom les sorprende en la hacienda no respondo de los huesos que les pueda romper. Además según lo que paguen ustedes, yo les presen-

taré a un hombre de pocos escrúpulos que les ayudará a apoderarse del niño, pero a condición de que se llevarán para siempre a esta mujer que acompaña al muchacho, por la que Tom demuestra tanta preferencia.

—Le aseguramos a usted que no volverá a cruzarse en su camino—dijeron los dos malvados.

Inmediatamente se marcharon los tres en busca de la persona que Cintia les había indicado, al cual expusieron sus pretensiones. Este fulano se llamaba Tratcher, y era un vaquero cuya reputación estaba muy por debajo de los cascos de su caballo.

—¿Puedo contar contigo, sabiendo de antemano que no he de regatear el precio de tus servicios?—le dijo Luboff.

—Yo por usted y el “metálico” estoy dispuesto a todo.

Y convinieron la manera de apoderarse del pequeño Alexis.

Mientras tanto, en la patria de Alexis, se sucedían las rebeliones, a las cuales no eran ajenos los defensores de éste, pues algunos de los ministros como así también una buena parte del elemento militar también estaba a su

lado y aprovechaban cualquier motivo para promover una pequeña revolución, que por ahora no pasaba a mayores, pero era probable que a la mejor ocasión, y cuando menos lo pensara el pérfido Boris, dieran al traste con sus ansias de apoderarse del poder, no permitiéndole que llevara a cabo sus bajos instintos, pues estaba decidido a jugarse la última carta hasta lograr la finalidad que se había impuesto para gobernar aquel país, donde no había otra voluntad que su soberanía, sin consideración alguna a la voluntad de los súbditos, y sin que le preocupara lo más mínimo las quejas y deseos de sus compatriotas.

Una de las minorías que estaban al lado del pequeño Alexis, era la que capitaneaba el Padre Gaspar, y más de un disgusto le había dado a Boris, pero siempre se encontraba en que la fuerza estaba del lado contrario, por lo que no podía desarrollar la máxima influencia en beneficio del futuro rey Alexis. Había dado la última tentativa en beneficio de Alexis, sin que el éxito coronara sus esfuerzos, pues le creía digno heredero del trono, sabiendo que los fines que perseguía Bo-

ris, eran únicamente de medro personal y de ambición para usurpar el trono de sus antepasados, importándole un comino, la adhesión y fidelidad que había jurado, al otorgarle la investidura de primer ministro. El Padre Gaspar, había pensado que tal vez una súbita aparición del pequeño Alexis, haría despertar los sentimientos de sus súbditos, pero tampoco se le escapaba, que ello los llevaría a un funesta guerra civil, por lo que había decidido escribir a Janet informándola del estado actual de la situación y a este efecto valiéndose de un adicto a su causa, entregó una carta para que éste a su vez la entregara en propias manos de Janet, con el fin de asegurarse que llegaría a su poder.

Estaban todos reunidos en casa de Tom, cuando llamaron a la puerta y presentose un hombre pobremente vestido, el cual era el portador de la mencionada carta, la cual entregó a Janet. Previa la explicación de lo que se trataba, abrió la carta, la cual estaba redactada en los siguientes términos:

"Señorita Janet,
"En las circunstancias actuales, sería peli-

groso para Alexis, regresar a su Patria. Los asuntos de la herencia están aún en litigio. Cuando la situación varíe ya le avisaré.

"Dios os guarde lejos de todo peligro.

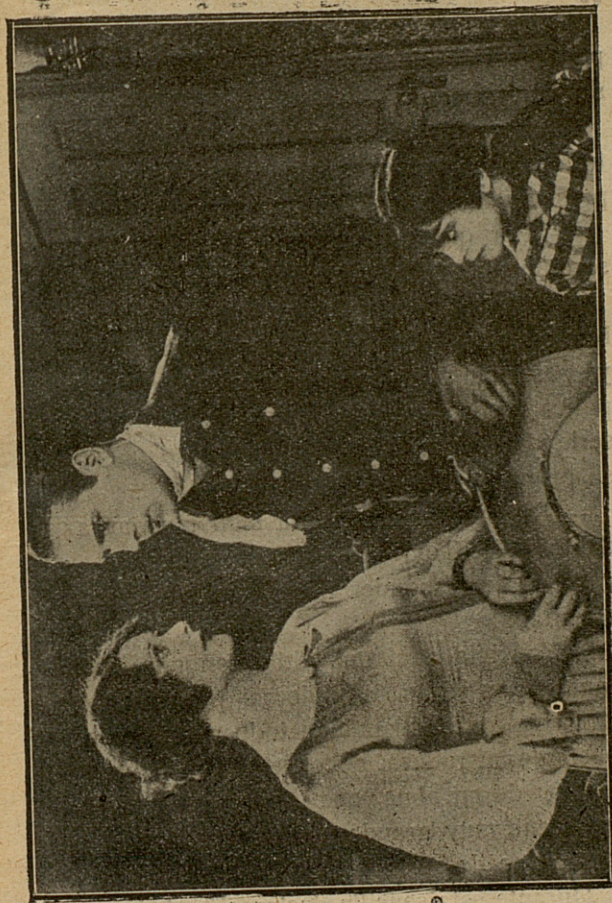
"El Padre Gaspar."

—En el fondo me alegro—dijo Janet—, me encuentro muy bien aquí y temo el que llegue el día de partir.

—No pensemos ahora en este triste momento, tal vez más penoso para mí que para usted—añadió con tono de amargo dolor Tom.

Aquellos dos jóvenes se habían acostumbrado ya a tan dulce compañía, y los días transcurrían con la velocidad del pensamiento sin que la más débil nube nublara un idilio de amor que nacía en aquellos corazones vírgenes.

Una pequeña dificultad era la presencia persistente de Cintia, a la cual no obstante, nunca Tom había dado esperanza alguna, ni motivo para que se creyera amada por él, pero así es el mundo. Los quereres no entienden de razones, y desdichada la cabeza donde



— En el fondo me alegro —, dijo Janet.

por su mal, se forja una ilusión que no ha de ser correspondida.

Mientras los dos pequeños se hallaban distraídos con sus juegos infantiles, Janet y Tom proseguían su empezada conversación.

—¿Por qué dice usted, noble Tom, que sería más penoso para usted que para mí?

—Muy sencillo, señorita, me he acostumbrado a esta dulce compañía, y hoy no podría ya pasar sin ella. Me ha sido usted muy simpática y cifro mis esperanzas y deseo poder serle útil, defendiendo su causa, como una cosa propia.

—También usted me ha sido muy agradable, noble Tom—dijo con emoción Janet—y sabré corresponder a su interés y buena voluntad.

—Yo vivía aquí una vida tranquila, crea Janet, y usted ha turbado mi pensamiento, una viva atracción inunda todo mi ser, y no obstante mi rudeza, debo decirle con toda la efusión de mi alma, que la adoro, que sería una pena muy grande para mí, el tener que separarme de su lado.

Durante esta sencilla declaración de amor, el rostro de Janet se había sonrosado, e incli-

nado suavemente aquella cabecita de rizados cabellos negros, entornando los ojos rasgados y temblando de emoción.

Pasaron unos minutos, como si ambos temieran interrumpir aquel silencio.

Al cabo de un rato, con voz temblorosa, dijo Tom:

—¿Qué me contesta usted?

Levanto la cabeza Janet, y solamente dijo:

—Yo, Tom, se corresponder a los efectos de las personas que me rodean.

—Yo la amo, y... tú...?

Un pequeño signo afirmativo fué la contestación tan deseada de nuestro héroe, el cual reteniendo la fina mano que se le abandonaba, estampó en ella un beso.

Separáronse para no llamar la atención de los pequeños que estaban jugando cerca de ellos, y Tom salió a dar una vuelta, pues siempre estaba ojo avizor.

Esta vez acertaba en su intuición, pues encontró escondido detrás de un árbol al traidor Tratcher, al cual dijo:

—Supongo que no querrás que te repita que no quiero volverte a ver en esta hacienda.

—Ten cuidado con la lengua, porque yo

también tengo puños, sin ser el valiente de la pradera.

—De poco pueden servirte a tí.

—Donde no llegue con ellos, puedo llegar con mi revólver.

—Sí, pero lo dices marchándote, amigo. Cuando quieras podremos medir nuestras armas.

—Tiempo tendrás para ello, si gustas—dijo marchándose ya Tratcher.

Estaba Cintia de sobremesa hablando con su padre, el viejo Storne, el cual se dejaba guiar por las indicaciones de su hija. Esta era la única debilidad de su carácter, además del whisky.

—Desde hace tiempo, papá—decía la hija—, que Tom te debe cierta cantidad. Reclámasela hoy mismo y si no paga, le embargas sus ganados.

—No me corre prisa—respondió Storne—. Estoy convencido que de que Tom pagará, hasta la última moneda.

—Yo te lo exijo, papá, llama al sherif y preséntale la cuenta y caso de no pagar, la requisitoria de pago inmediatamente.

—No insistas hija mía, tengo bastantes

asuntos en qué pensar y desde luego de más importancia, para que me ocupe de una cantidad tan exigua como es lo que tú pretendes. En fin tal vez más adelante si tengo tiempo ya volveremos a hablar de este negocio por el que parece tienes mucho interés.

Por la tarde del día siguiente, se hizo Cintia la encontradiza con Janet, con ánimo de molestarla y a este efecto, se dirigió resueltamente a ella, diciéndole:

—Buenos días, señorita. ¿Cómo le va por estos prados? ¿Piensa usted permanecer todavía mucho tiempo en esta hacienda?

—¿Qué interés tiene usted en saberlo?—dijo con ritintín Janet.

—Por la sencilla razón, de que Tom es mi prometido, yo me figuraba que él ya se lo había dicho.

—Lo que me ha dicho es todo lo contrario, señorita.

—Ya me agradecería saber qué es lo que le ha contado a usted!

—Pues mire lo que son las cosas. Yo no pienso decírselo, por la sencilla razón de que no le interesa.

—¿Me declara usted la guerra?

—Yo no, lo que pretendo es únicamente que me deje usted en paz, pues yo no me ocupo de usted, poco ni mucho.

—Sepa pues de una vez, que si no se marcha pronto de esta hacienda, presentaré una demanda contra Tom, que nos debe una crecida suma.

—Si ello es verdad, estoy segura que cumplirá con su deber. En fin, haga usted lo que quiera que yo no me marchó por ahora.

Separaronse inmediatamente, y Janet fue-se a contar la escena a Tom, diciéndole:

—He encontrado a Cintia, me ha amenazado que te exigiría el pago de una fuerte suma que dice se la debes, si no nos marchamos pronto por lo que no sé lo que es mejor, pues no creo Tom, que podamos quedarnos ahí mucho tiempo.

—No hay que inquietarse por este asunto. Voy a entrevistarme con su padre y todo quedará arreglado pues se trata de un hombre muy complaciente.

Cogió su sombrero de anchas alas, y decidió ir a visitar al señor Storne, no sin antes recomendar que vigilaran.

—No dejéis que nadie se acerque a la hacienda, mientras yo este fuera.

Presentose de improviso en casa de Storne, encontrando a la puerta a Cintia,

—Me es necesario hablar con su padre—dijole Tom—, referente a esta cuenta que le debo.

—Mi padre insiste en que debes pagar, o dar orden a esa joven forastera de que se marche del pueblo.

—Entiendo que las cuestiones del corazón, nada tienen que ver con las cuentas pendientes. Amo a Janet, y no puedo decirla que se aleje de mi lado, entiende usted señorita?

En esto llegó el señor Storne, al cual hizo su hija una seña indicándole que fuera inflexible, y ya sabemos la influencia que aquella mujer ejercía sobre su padre.

En seguida le emprendió Tom, diciéndole:

—No puede usted esperar el cobrar esta cuenta hasta que yo embarque mi ganado? Entonces yo le pagaré y se trata solamente de un par de días.

—Si a las tres en punto de hoy, no has satisfecho el importe de la deuda, procede-

remos contra tí, y se efectuará el embargo, sin contemplaciones.

Salió muy apenado el pobre Tom, y cuando ya llegaba cerca de su casa vió a Tracher que estaba apostado tras de un arbusto cerca del sitio donde jugaban los niños.

De un salto se plantó junto a él, pero el traidor volviose apuntándole con un revólver. Más rápido que el pensamiento, el valiente Tom, le dió un puntapié, haciéndole saltar el arma a unos metros de distancia, y de un soberbio puñetazo le tumbó, cuan largo era.

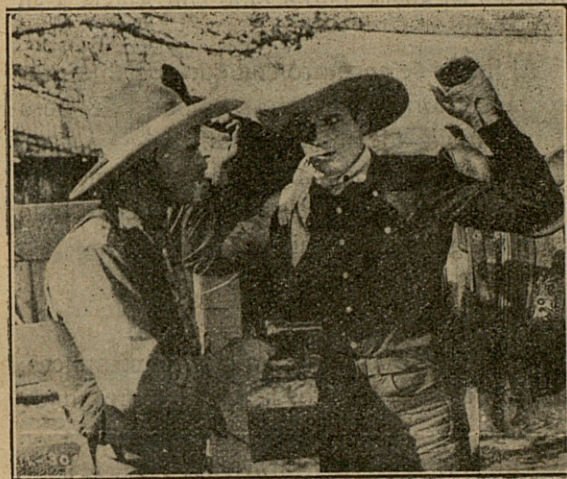
—Bravo Tom, ha estado usted hecho un héroe—exclamó Alexis.

—Y ahora largo de aquí, no te entretengas—díjole Tom a Tracher.

Tenga usted, señor Tom—dijo el negrito—se le ha olvidado el sombrero.

Le dijo esto, porque con la furia conque había luchado el sombrero se le había escapado.

Siguió Tom a Tracher hasta las afueras de la hacienda, pero mientras esto ocurría, se acercó al grupo de los dos niños, el malvado Luboff, el cual cogió a Alexis en brazos, co-



Más rápido que el pensamiento...

riendo cuanto le permitía, pero los gritos del negrito llamaron la atención de Tom, el cual emprendió veloz carrera por el atajo, hasta alcanzar a Luboff.

En aquel momento Luboff, con el niño en brazos quería ganar el auto que tenía junto a él, con el que hubiera emprendido veloz carrera, pero Tom se lo arrebató de los brazos, propinándole fuertes puñetazos que le tira-

ron por el suelo, regresando con Alexis a su casa.

Al llegar se encontró con que se había presentado Storne dispuesto a embargarle, pero Janet había adelantado el dinero.

Mientras estaban arreglando las cuentas, llegó un cablegrama, el cual estaba concebido en los siguientes términos:

"Janet Holbrook,

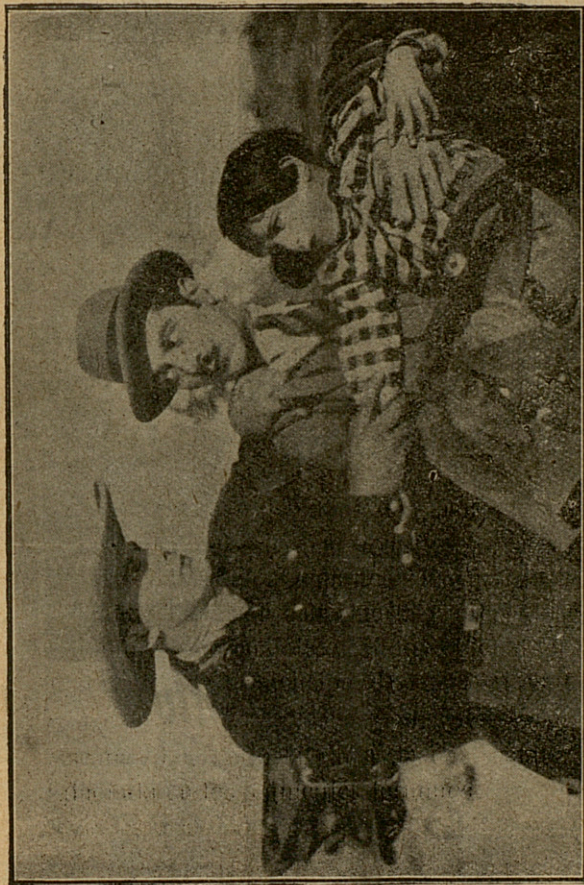
"Pariente Boris asesinado por cómplices, motivo reparto dinero, herencia corresponde Alexis.

"Padre Gaspar."

—Ahora Alexis me dejarás para ir a tomar posesión de tu enorme fortuna, ¿no es cierto?—dijo Janet.

—Poco me interesan los millones prefiero un buen poney ensillado y mi amiguito negro, para jugar a indios y cowboys.

—Y tú, Janet—dijo con cierto temor nuestro valiente Tom Tyler—, no sabrás renunciar a la vida de la capital, para dedicarte a ser la más cariñosa de las esposas...



En aquel momento...

—Sí, querido Tom, soy tuya para toda la vida.

Yaquellos dos seres fueron felices, sin que una sola nube empañara el cielo de dicha y felicidad, acompañados de Alexis, que reino solamente en aquellos dos corazones.

— FIN —

PROXIMO NUMERO

Un bribón a caballo

Emocionante novela de aventuras,
protagonizada por el gran artista

 **ART ACORD** 

Postal: MARGARET LIVINGSTONE

Compre cada semana

la publicación que faltaba

La Chiguilla

(EL PRIMER SEMANARIO ILUSTRADO PARA NIÑAS)

...

Historietas : Aleluyas : Pasatiempos

Novela cortas : Regalos

Páginas de labores

8 e



Profusión de grabados

CUATRO TINTAS

Solamente cuesta

10 céntimos

pero vale muchísimo más

DIRIGIR LOS PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES A
BIBLIOTECA FILMS, LA CHIQUILLA
Apartado Correos 707 - Barcelona